

La deuda infinita

Por Adrián Cangí
UNLP-UNDAV-UBA
adriancangi@hotmail.com

Preludio

La noción de “deuda” es constituyente de la relación de poder y de la relación colonial. Entre las sociedades arcaicas y las contemporáneas perdura el poder constituyente de la deuda en el lazo social. De las sociedades arcaicas estructuradas por la “deuda finita” a las sociedades contemporáneas definidas por la “deuda infinita”, se desplaza la noción de “deuda” en la configuración de la subjetividad y del lazo social a través de las estructuras elementales de la violencia. La deuda es una construcción política que moviliza y desplaza las relaciones exteriores de la sociedad a las creencias interiorizadas de los individuos, porque el vínculo entre acreedor y deudor es la relación social fundamental de la comunidad y sus creencias simbólicas. De las sociedades sin Estado a la deuda contraída con el Estado, se produce la larga genealogía de la génesis del capitalismo que se expande en su última mutación en el gobierno de las finanzas contemporáneo. En el presente la vida se ha vuelto “capital humano” y nuestros compromisos afectivos, materiales y cognitivos se han desquiciado. La pregunta que hoy nos asiste es cómo escapar a la condición neoliberal del hombre endeudado. No son simples salidas técnicas, económicas o financieras las que muestran una perspectiva de transformación. Se trata de poner en tela de juicio la relación social fundamental que estructura el capitalismo, porque éste como concepción de una economía libidinal y material se estructura como una violencia en la relación entre acreedor y deudor que atraviesa las creencias individuales y comunales.

La sociedad primitiva concede la gloria pero conjura el poder, privilegiando la obligación de generosidad de la que las jefaturas no pueden desplazarse. El jefe tribal recibe gratificaciones a cambio de hacer circular el flujo de los bienes. No hay prestigio sin provisión de bienes, pero la generosidad equivale a una obligación por la que el líder está en situación de deuda mientras ejerza su función. En el fondo de la relación de poder se establece el principio de deuda que el líder debe pagar por siempre para evitar

que el poder político se separe, especialice y se vuelva contra la sociedad. Es la descripción de la genealogía de la sociedad contra el Estado. La deuda del líder con la sociedad se distingue de este modo del tributo de las gentes del común a los dominadores. El líder endeudado con la sociedad se opone al déspota que obliga al tributo. De cualquier modo la deuda es inmanente a la constitución de lo social. Si la relación de deuda va de la jefatura hacia la sociedad es que ella es finita e indivisa porque el poder permanece rebatido sobre el cuerpo social homogéneo. Por el contrario si la deuda corre de la sociedad hacia la jefatura es que el poder se ha separado de la sociedad para concentrarse en el jefe abriendo la división entre dominantes y dominados. De distintos modos la antropología-política reconoce que la unidad económica de las sociedades primitivas no se sostiene como producción de intercambio para generar excedente sino como producción de consumo para satisfacer necesidades. A este modelo de vida social no lo atraviesa el gusto por el beneficio sino por las combinaciones finitas que hacen intervenir la vida comunal en éste. La deuda se esboza así a partir de sus componentes en circulación. El régimen de la deuda finita posee un desequilibrio sin producción de intercambio. Se trata del desequilibrio entre dar y recibir objetos de consumo. Entonces puede decirse con precisión que no es la igualdad la base de las relaciones sociales arcaicas sino la diferencia sin el gusto por el beneficio económico y político del poder de la acumulación. Algunos han llamado a esta formación social “organización contra la economía y la política para conjurar el poder independiente que podría producirse por la acumulación”. La fórmula que la define dice que “la sociedad primitiva admite la penuria para todos pero no la acumulación para algunos”. El gusto estratégico por el prestigio y el sentido táctico de los medios para adquirirlo inhiben la condición de la donación necesaria para ocupar la posición del liderazgo. El que ocupa tal posición solo debe producir los bienes que necesita porque la producción está subordinada a la relación de poder. Solo la institución de la jefatura, que excede a quien la ocupe, puede producir excedentes para el reparto o la dilapidación común. La comunidad se constituye así sobre la paradoja de un centro de poder institucional que debe ser disuelto y desplazado cada vez. Una fuerza de integración se compone con una fuerza de disgregación para conjurar el poder. Toda una genealogía del poder revela el pasaje de las formas difusas a las concentradas, de un cuerpo social que conjura la verticalidad y la acumulación a una división entre la minoría de dominadores que mandan y explotan y la mayoría de los dominados. En las sociedades primitivas los hombres considerados ricos solo lo son por su propio trabajo físico y los

hombres poderosos solo exhiben la frágil satisfacción de su honor personal. No se privilegia la capacidad de mando sino el placer de la gloria.

Ante un nuevo Centenario no podemos dejar de pensar en la deuda. Nuestra constitución mestiza está hecha las veces de impotencia, esterilidad e histeria para enfrentar una matriz de relatos que expliquen nuestras acciones, aunque nos constituya un núcleo irreductible sostenido en la deuda. La impotencia y el hambre que atraviesan el continente son más que formas de miserabilismo endémico o problemas de una irracionalidad estructural de la distribución económica. Se trata de “una cultura del hambre” que trabaja para el olvido en los cuerpos sostenida en el nervio vital por una deuda ilimitada. La violencia se entrama con el humanismo colonizador en todas las instituciones y en las formas de su sueño moral mediocre entre la deuda y el deudor. Los gestos políticos que encarnamos culminan sirviendo a la raza que explota y reprime. Paz y administración son los nombres de nuestra “pobreza de experiencia” y de nuestra “esclavitud sumisa”, ambas concentradas en las prácticas de una “servidumbre voluntaria”. No se trata aquí de evocar un “irracionalismo liberador” sino de recordar que en un pasado no tan remoto fundido con un presente vivo, unas raíces indias y negras elaboraron una concordancia entre producción y necesidad, negándose a ir más allá en un ideal de acumulación. Allí donde el símbolo de la buena conciencia dominadora está sostenido en un “vivir para producir”, la radicalidad del continente americano sostuvo su base más arcaica de la cultura popular en la fórmula inversa de un “producir para vivir”. El hambre que explota y reprime es el resultado de una iluminación espiritual sostenida en una mística colonizadora del Estado imperial, interiorizado como creencia de mano única para el destino común. Las sensibilidades amerindias y afroindias produjeron una sociedad que conjuró el poder del jefe y la constitución del Estado, en las que se establece un límite a la libertad de ganar a expensas de otro. Aunque la deuda sea inmanente al poder, difiere pensarla entre su constitución finita y su modo infinito. En las sociedades arcaicas de la “deuda finita” no hay reconocimiento de prestigio sin provisión de bienes. El líder es el que se encuentra en situación de deuda con la sociedad por ocupar su lugar de liderazgo. Esta deuda es concebida como impagable porque explica que en el corazón mismo de la relación de poder se establece la constitución de la deuda. Es la sociedad tribal la que ejerce el poder sobre el jefe y no a la inversa. La deuda de la jefatura para con la sociedad es la garantía de que el líder permanecerá exterior al poder y que su lógica de acumulación no lo convertirá en un órgano independiente. Las sociedades arcaicas amerindias y

afroindias conjuran el riesgo mortal de que el poder político se separe y se vuelva contra ella. De este modo la “deuda finita” atraviesa el campo de lo político y es inmanente a lo social, pero asegura la comprensión del cambio de naturaleza social en el pasaje de la “deuda finita” a la “deuda infinita”, teleológica e interiorizada de las sociedades capitalistas de Estado.

Lo más arcaico que nos llega del pasado de las sociedades primitivas es la exigencia, por parte de la sociedad al jefe, del talento oratorio y de la generosidad. La incapacidad del habla y la avaricia privan del liderazgo. No son propiedades personales sino rasgos de la vida pública institucional los que obligan a tomar la palabra y excluirse de la retención de bienes. El gusto estratégico por el prestigio y el sentido táctico de los medios para adquirirlo inhiben la condición de la donación necesaria para ocupar la posición de liderazgo. El que ocupe tal posición sólo debe producir los bienes que necesita porque la misma noción de producción está subordinada a la relación de poder. De las sociedades indivisas amerindias y afroindias a las sociedades divididas de la conquista imperial, la economía-política ha adquirido el funcionamiento autónomo del capitalismo. La crítica radical al capitalismo proviene de la etnología que muestra en las sociedades primitivas máquinas de anti-producción para el stock. El gran linaje de los tupinambas, que llega a su desarrollo en la época de la conquista en el Gran Chaco, posee un espíritu de resistencia a la acumulación. De tribu en tribu, de aldea en aldea, erraban unos hombres –llamados por los indígenas *karai*– que no cesaban de proclamar la necesidad de abandonar un mundo al que llamaban “malo” a fin de ganar la patria de una fe en las cosas en la “tierra sin mal”. Los tupí-guaraní sabían que el “paraíso terrestre” solo se alcanza sin Estado y conjurando el poder productivo de la acumulación. Vieron surgir con horror el poder político separado que amenazaba con dislocar el orden antiguo y transformar radicalmente las relaciones entre los hombres. Anticiparon nuestro presente como la tierra de la “miseria del mundo” y del “tiempo de la desgracia”. Los pensadores guaraníes concibieron la desgracia como la separación del poder respecto de lo social y de su desarrollo inevitable en los condenados de la tierra del mundo moderno del Estado.

Futuro anterior

Astucia del presente

Celebramos doscientos años de vida independiente y no sé cómo describir Argentina, ni explicar muy bien cómo es. Dudo que sea posible. Tampoco sé decir qué es Argentina. Nadie parece saberlo. Tal vez porque nadie entiende bien este asunto, hay pocas cosas que parecen atraer más a los argentinos que el hecho de interpelar a su país quejándose de él. Algunos se desentienden mientras otros dramatizan, muchos practican la desobediencia vital y tantos otros llevan adelante la indiferencia civil. Actitudes que parecen componer el “alma paradójica”, singular y plural, ciudadana y comunal, que nuestras plumas más agudas supieron ver en la génesis dramática y cíclica del deseo y de la atmósfera cultural en la que vivimos. Como ciudadano soy argentino y no tengo objeciones. Siento con frecuencia una vergüenza serena de serlo: no faltan motivos tanto pasados como presentes, históricos y cotidianos para sentirla. Si fuese natural de otro país creo que me pasaría lo mismo, tendría motivos para sentir vergüenza, y es eso lo que me lleva a no tener objeciones al hecho de ser argentino. Siempre consideré que la “realidad argentina” es por lo menos resbaladiza. Es una curiosa e intraducible noción que sólo se exige definir a las dependencias humanas del saber y a las postergadas filosofías, aunque el requerimiento no pese sobre la física que solo parece ocuparse de la realidad a secas y no de sedimentos sensibles e historias emocionales.

Argentina es para mí antes una emoción que una simple circunstancia histórica, no es un objeto de conocimiento porque estoy implicado en ella emotivamente, aunque puedo reconocer el “alma patológica” que señalaron nuestros más ásperos ensayistas al indicar la emoción siempre desgarrada de aquello que nos pone en común entre la pertenencia amorosa y el rechazo feroz. La emoción es el tránsito y el trance que nos permite entrar en relación con lo que nos constituye y excede al mismo tiempo. Emocionarse supone sentir lo colectivo que está contenido en nuestro “yo”, como la parte intensa, inmadura o informe que da cuenta de las pasiones, que expresan algo que constituye la vida individual y que sin embargo no nos pertenece, orientando nuestra ruina o salvación. Es cierto que la emoción no es del orden del “yo” sino del “acontecimiento”, y su captación e intensidad no refieren a la primera sino a la tercera persona del singular. En Argentina uno comprueba día a día que “yo no sufro”, sino que “él sufre”. Y esto no quiere decir que uno vaya a romper en llanto compadeciéndose a sí mismo, sino que ya no se puede desviar la mirada ante aquello que nos deshace en la emoción, y que efectivamente nos desorienta y extravía como los espectadores de un naufragio común.

Cuando vivía en Brasil comprendí mejor la frase de Tom Jobim, dicha en una entrevista de regreso a Río de Janeiro después de vivir en los Estados Unidos: “Allá afuera está bueno, pero es una mierda; acá es una mierda, pero está bueno”. Pensar mi país estando afuera me permitió sentir las emociones que me atraviesan sobre lo propio así como la de adquirir una percepción desconfiada ante cualquier tranquilizante epistemológico que desee explicar lo argentino para uso de neologismos que encubren modos de explotación, como “eficiencia”, “sustentabilidad”, “tecnología de redes”, “emprendimientos creativos”, todos destinados a captar al inversor y al capitalista, garantizando que el capital obtenga el retorno necesario. Me resisto a pensar en las prácticas políticas como modos del marketing o del *coaching* destinados a la modernización y sostenidas en el shock para el ordenamiento territorial, cuyo objetivo último es pacificar por la fuerza y por el hambre. Dinámica, flexible y espontánea es la astucia del presente. Quién podría desear la burocracia, la autoridad central, las jerarquías fijas y la producción industrial cuando se nos ofrece la colaboración en diálogo, la flexibilidad no rutinaria y la creación espontánea interactiva como modos de producción. Para algunos no es más que el triunfo del capitalismo iletrado que funciona sin voz ni escritura. Su eficacia es la dislexia performativa para quienes viven de eslóganes y astucias sostenidas en modos dinámicos, flexibles y espontáneos en la empresa de vivir. Nuestra sociedad actual se basa en la deuda y el cinismo. Promete la impotencia del aburrimiento y el McEmpleo. Su patología es el desorden sensible y cognitivo de los hedonistas y depresivos. Su antídoto, el ajuste químico y el entretenimiento. Todas formas de una vida postergada por el poder de una deuda indefinida e interiorizada. Una sociedad como la nuestra sólo funciona con el aporte de adictos, cómplices y fanáticos de aquello que domina y posee. Los valores sobre los que se sostuvo la esfera pública moderna tales como compromiso, deber y confianza han sido desmantelados por la corrosión del carácter en todas las direcciones públicas y políticas. Argentina sólo se dice hoy con dos fórmulas: “no hay largo plazo” y “no te comprometas con nada”. Modos de la racionalidad pragmática ante un nuevo naufragio.

Entre dos violencias

Habitamos entre dos violencias, la violencia de Estado y la de mercado superpuestas una en la otra al ritmo del capital. El capital atraviesa todas las formas políticas del presente con una fuerza revolucionaria capaz de someter a las subjetividades y disolver los territorios existentes. No es novedad que el capitalismo haya tratado de ejercer un derecho natural monopólico sobre el deseo, entrelazando vida cotidiana, cuerpo y tecnología. En la red de redes del consumo electrónico se han confundido técnica y deseo, acentuando o bien la incompatibilidad entre modos de vida comunal y formas individuales de la economía libidinal, o bien la red de afecciones que hacen convivir de forma indecible lo común y el individuo en nuevos modos de relación y producción. Es cierto que en las sociedades de control en las que vivimos la mecánica del deseo imprime la seducción suave de la mercancía a través de la publicidad y de las empresas de relaciones públicas. El diseño, como la forma visible del capitalismo, terminó de crear la ilusión de que ésta es la única forma de modernidad posible y deseable. En nuestro medio oscilamos sin fin entre una economía de mercado y una economía planificada, ambas de matriz populista, porque los grandes negocios se entranan en profundidad mientras la política sostiene una oposición de superficie. El Estado de bienestar, las luchas sindicales y las conquistas laborales se miden hoy al ritmo de un diseño del consumo y de una pérdida del empleo. En este contexto fuimos y somos forzados a tomar partido, entre el Estado que limita la esfera del dominio del capital y los modelos de flexibilidad económico-política que afirman la hegemonía del mercado. En el medio y desgarrados, insisten los movimientos autonomistas y de auto-organización política, que no dejan de criticar una falsa controversia entre Estado y mercado, pero que no terminan de desafiar a la hegemonía neoliberal con formas de vida transformadoras, que vayan más allá de la desobediencia o de la indiferencia vital y civil. Las oposiciones binarias no indican ni la verdadera tensión de la escena ni las formas de los duelos que nos atraviesan, porque nos encontramos en un capitalismo local de baja producción industrial donde el deseo está atrapado por un inconsciente financiero producido por la impresión de íconos y logos que atraviesan a las clases sociales y que se confunden con la escena política, impulsado por una población de clase media satisfecha del mercado y del mérito que se ha convertido, como la llaman algunos, en una “oligarquía capitalista”.

Percibimos el cambio en el régimen libidinal entre el mundo de la disciplina y el de la sociedad de control, que se arma sobre restos de estructuras disciplinarias productivas que aún funcionan y viejos modos de organización social de los

trabajadores que aún insisten en sus prácticas, pero en ambos casos desajustados con las subjetividades del capitalismo contemporáneo. La creatividad de los flujos de la mercancía fue absorbida por el mercado populista en cualquiera de sus formas a diestra y siniestra, ofertando bienes de consumo financiados a crédito como la panacea de los deseos políticos a corto plazo que luchan entre activación y depresión de la libido, entre pretendidas organicidades del realismo político y fuerzas que exhiben la paralización o la destrucción de cualquier cambio. En los neo-desarrollismos de la región hemos visto la pretensión de inclusión social dirigida por el Estado equiparada con una huída social movimientista de los incluidos que puede confundirse con una pulsión de destrucción destituyente y en la que es posible percibir cómo el capitalismo de Estado o de mercado, engendra e inhibe al mismo tiempo los procesos de estratificación fabricando una disyunción en la que estamos instalados. Disyunción entre la celebración del Estado vertical de las jefaturas y el mundo financiero abstracto de la flexibilidad astuta. En la oposición binaria las resistencias se confunden con el control y las libertades comunales con la modernidad alienada del *stress*, hasta exhibir nuestro mundo como un conjunto de paradojas sin solución. La comunidad es hoy una mezcla entre formas modernas y coloniales y modos sobremodernos y neo-liberales, que opera con capas de vidas arcaicas, modos de producción institucional y política moderna y formas sobremodernas del capital financiero. Estas capas funcionan sin síntesis entre ellas y conviven en el entre-lugar de políticas que producen lecturas alucinatorias del tipo “estalinismo de mercado” y “formas antiburocráticas del poder”, “inmovilizaciones de las relaciones horizontales” e “impotencias creativas y reflexivas”. Vivimos en una tensión en la que no queremos retornar a políticas conocidas sin dejar de evocarlas por todos los medios posibles.

Gobierno de las finanzas

Constatamos que en Argentina la deuda asfixia la posibilidad de acción. Su fuerza reside en desviar las emociones de su propio beneficio porque la creencia en los modos del capitalismo actual descansa en una fe financiera. La moneda no es sólo ingreso presente por un trabajo material mejor o peor remunerado sino un capital virtual que produce acumulación y circulación abstracta. El endeudado aprende en su cuerpo que el intercambio nunca es equivalente sino que funciona por desequilibrio. Pero existe una diferencia radical entre “deuda finita” y “deuda infinita”, entre sociedades que

conjuran el Estado y sociedades que lo jerarquizan, porque el advenimiento que media entre ellas es la interiorización del poder abstracto espiritual, centralizado y trascendente del monoteísmo, que crea las bases de la teología capitalista y el pasaje de la trascendencia a la inmanencia en el movimiento del capital financiero. La interiorización y el pasaje de la trascendencia a la inmanencia solo parecen posible por la promesa a través de la que el acreedor dice sacrificarse por el deudor, y esto en nombre de un declamado amor a diestra y siniestra. En Argentina la deuda infinita se convierte en deuda de existencia porque cada persona responde con su propio cuerpo como único capital futuro.

En el mundo contemporáneo la deuda es el motor económico y subjetivo entre acreedores y deudores porque configura las relaciones de poder y la fabricación del hombre endeudado. La modulación de los comportamientos actuales pivota entre la falta de trabajo y el crédito económico, simbólico y moral. Vivimos entre la imposibilidad de monetizar la deuda social y el mercado de títulos públicos, entre la depredación macroeconómica y la punción sobre los cuerpos individuales y colectivos. Nuestro tiempo superpone la relación acreedor-deudor a la pareja capital-trabajo engendrando todos los modos asistenciales que inducen a la deuda moral. El poder opera dejándonos libres y al mismo tiempo endeudados. El intercambio que moviliza la organización social se sostiene por este desequilibrio diferencial del poder, en el que el espíritu está atrapado en la infraestructura que fabrica moneda y deuda sin equivalente material alguno. La moneda y la deuda traducen los modos del mando que disciplinan al animal doméstico. Disciplina pavorosa y siniestra que embiste al trabajo mismo porque modela a la persona por la promesa garante que introduce la culpa y la mala conciencia, preparándonos para lo infinito financiero y enseñándonos a postergar o a cancelar otros mundos posibles. Sabemos que para fijar algo en la memoria se lo graba en la carne, porque el lote de la deuda es el propio cuerpo y su fuerza potencial embargada. El hombre calculable y previsible de la promesa es el hombre de la confianza sagrada que ha interiorizado la tortura en el propio cuerpo, para entregarlo de antemano al futuro de la deuda.

El tiempo como creación de posibilidades de vida es la materia prima de la deuda, porque al fabricar culpa y responsabilidad cualquier acto de creación se interrumpe para transformarse en una empresa de vida, con su reverso conocido en la precariedad y el desempleo por mala gestión empresarial. El bárbaro de la pobreza de experiencia es el hombre de nuestro tiempo, el que vive hacia delante y sin pensar hacia

atrás. Cuando los posibles son paradójicos es porque encierran alternativas virtuales no desplegadas en el presente. El presente vivo siempre se está haciendo y sus bifurcaciones son neutralizadas por la deuda infinita y el control financiero. De este modo aprendemos por el propio cuerpo que el capital fija los flujos de producción como poder adquisitivo en las instituciones y en los modos de vida a través de la división del trabajo, mientras que el problema consiste en transformar el poder adquisitivo en flujo de interrupción y autonomía de la política del capital. Sin interrupción del poder adquisitivo que reconfigura las relaciones de poder y los procesos de subjetivación, no existe invención y reconfiguración de la composición de la fuerza de trabajo y de la población. La persona y su moral se transforman en artículo de comercio y en existencia material del dinero. El modelo de la creencia común sigue la senda del capitalismo cognitivo como el único camino del rebaño.

Arqueología

Amarga celebración

La mentalidad colonial se hace presente como servilismo crónico porque se reinicia en cada generación bajo la forma binaria que opone proyectos modernizadores para el siglo por venir a otros considerados bárbaros, brutos o ignorantes por su pretendida inoperancia. La aspiración de la buena administración abierta al mundo global obra por chantaje ante las formas del desorden local: se nos dice que es mejor aferrarse a un presente intolerable porque el futuro siempre puede ser peor. Pero constatamos que lo peor muestra una y otra vez la conjugación de un “futuro anterior”, que apela al orden y a la civilidad para reforzar el control cultural del humanismo colonial ejercido sobre la precariedad y pobreza de los pueblos. Detrás del pretendido buen tono, del encanto y de la naturalidad de los gestos, descubrimos el mando racista del colonizador. Convengamos que no siento simpatía por ningún pensamiento tranquilizante individual o colectivo que reclame la felicidad como destino, prefiero estar marcado por las experiencias trágicas y los pensamientos inquietantes que enfrentan la inestabilidad emocional de los modos de ser en nuestro territorio. Compruebo que los datos estadísticos, históricos, sociológicos, geográficos no parecen prestar ayuda para la pregunta de fondo que formulo aquí: cómo funciona Argentina.

Por lo menos, los datos a los que accedemos no parecen tan fiables como podría pensarse y hasta nos engañan tras su apariencia austera, exacta e intimidatoria.

Resulta curioso que todo lo que escucho sobre Argentina en conversaciones frugales o en debates públicos, con otros argentinos o con extranjeros puede ser verdad, incluso hasta las afirmaciones más opuestas entre sí pueden ser ciertas. Aceptamos ser presentados como humildes y soberbios, audaces y temerosos, egoístas y desinteresados. Lo único firme que constato una y otra vez es la paradoja dramática de nuestra constitución y de nuestros procesos de formación comunal. De una a otra conversación, entre una y otra tertulia, y en los más acalorados debates públicos, he aprendido cierto contorno entre confuso y delirante para decir lo propio o para exponer lo que consideramos nuestro. De tanto en tanto leo contribuciones valiosas que recuperan las perplejidades clásicas de nuestras mejores plumas y escucho como reverso la escena grandilocuente de los debates periodísticos con la impresión de que en ambos casos domina un aire de exaltación, aunque lo que pensamos de nosotros mismos no ha variado mucho desde que tengo uso de razón. Confieso que prefiero una celebración amarga del Centenario que el tibio discurso del amor y de la felicidad que el poder emite a diestra y siniestra como formas de un “populismo almibarado” sin relación alguna con la vida de a pie.

Celebración en la que reconocemos una tensión constituyente que se extiende en nuestro continente sobre el terreno de la crisis del estado democrático de la modernidad. Tensión paradójica de los modelos de representación de la modernidad colonial entre espontaneidad y organización de las luchas, entre subjetividades sociales heterogéneas que se auto-organizan y formas de un Estado que muestra simultáneamente sus pretensiones y agotamientos como construcción burocrática-trascendente sobre los derechos civiles y la invención de instituciones. La tensión que percibimos es por la organización y opone los movimientos que componen o bien de arriba hacia abajo para politizar la sociedad a fin de construir identidad nacional, o bien como autonomía comunal que horizontaliza las políticas del afecto para confrontar con la deuda del humanismo colonial que ha perfilado la violencia y el mando racista al ocultar la dimensión material de la lucha de clases. Nuestra región exhibe una concepción de transición crítica entre estas formas de organización nunca fundidas una en la otra en nuestro tiempo, y que repiten la paradoja de los modelos de la modernidad emancipatoria. No podemos negar que las políticas han creado autovalorización y recualificación productiva en los modelos neo-desarrollistas, que sin embargo

produjeron una subjetividad que se revela como “excedente salvaje” en el interior de los llamados “modos de inclusión social”. Las conjugaciones de filiación y de alianza de los intercambios de distintos grupos etarios muestran composiciones entre diversidad de identidades transversales en el propio individuo o en los grupos que culminan exhibiendo complejidades de desgajamiento de los movimientos integradores y totalizadores.

Moral resquebrajada

Nuestra manera de vernos de generación en generación se transmite con fórmulas sensibles del tipo: “No somos un país serio”; “Nada de lo que se hace aquí sale bien con excepción del crimen y la infracción organizada”; “Todos nuestros políticos son ladrones, corruptos y de carácter acomodaticio a intereses diversos”; “Nunca encuentran la brújula para los destinos de la nación”; y de tanto en tanto, cuando los ánimos se caldean de intolerancias al poder pedimos: “Que se vayan todos y no quede ni uno solo”. Somos inventivos en picardías, truhanerías y gestos canallas, en especial para sortear obstáculos de modo ilícito. No tenemos vergüenza, nuestra moral está resquebrajada y habitamos en una representación desconfiada y descolorida. Pensamos el festival de la vida sin dilemas éticos y las prácticas públicas parecen tener la misma dimensión que las querellas del fútbol o de los traseros: son tan binarias como ciegas, insoportables como saturantes.

Nos regodeamos en compararnos con Brasil aunque somos inconmensurables en los afectos y en el uso público de las máscaras comunales con las que practicamos los modos sensibles y políticos. Nos distingue la fuerza trágica y afirmativa del carnaval aunque compartimos con el gigante continental oscuros prejuicios raciales. Pero en el fondo una diferencia profunda zanja los modos en los que tratamos la raza y el género por disparidad en las lógicas imperiales y coloniales que nos conforman. Cada efecto político del Brasil pone en riesgo nuestro destino. Estamos atados a nuestra dependencia más de lo que creemos. Disputamos con el “paraíso tropical” la misma capacidad amatoria de nuestros hombres y mujeres aunque sabemos que el sentido común es la más peligrosa creencia para intentar comprender al otro y a nosotros mismos. No somos ciegos y las diferencias territoriales, de población y de producción no nos son ajenas. Los propios vecinos insisten en vernos como hospitalarios y pacíficos tanto como violentos y hostiles, aunque siempre se reconocen nuestra afectividad y amistad

duraderas. Se percibe la trama afectiva de nuestra gente con cierta autenticidad, que para algunos observadores exteriores parece estar menos cargada de enmascaramientos ladinos que en otros pueblos. Estamos siempre al borde del abismo y flota en la atmósfera de nuestra historia reciente las conmociones sociales incontrolables de otros tiempos nunca del todo pacificados, porque recuerdan baños de sangre y planes sistemáticos para eliminar una parte de nuestra población.

Desde mi infancia escucho una opinión que atraviesa las conversaciones con la misma naturalidad que el clima y que resiste al paso del tiempo de su enunciado, según la cual todos nosotros padecemos de una “patología cultural” que esclaviza y deprime el cuerpo y el alma del pueblo, y hasta contribuimos con una enseñanza pública y privada condicionada para evitar su emancipación y desprendimiento, formada con un raro alimento del espíritu a base de desperdicios elaborados como pan de perros y bazofia de criadores de cerdos. Hoy la llamamos cultura del *coaching* de la felicidad para todos. Tratamos a los niños como idiotas y a los adultos como retardados en la educación pública, en los medios de comunicación y en la vida institucional, porque bastardeamos una y otra vez la democracia social y las formas comunales con prejuicios de sacerdotes de zaguán, de instructores de cuartel y de líderes de partido. Nuestros escritores y periodistas defienden la conversación como si ésta hubiera nacido en el presente y no formara parte de una cultura de querellas y dramas políticos nacionales. A pesar de esta patología rastrera que modula la subjetividad, la convicción más profunda de mis compatriotas es que nuestro país está condenado al éxito y a la felicidad, aunque accedamos a ellos entre el auto-insulto y la fanfarronería, entre el elitismo de clase y la revancha de género. Padecemos de una amarga resignación y de un orgullo voluntarista frente a todas las catástrofes de las que somos responsables, pero de las que aún parece que no se nos ha notificado de modo suficiente.

El gran filósofo de la amargura nos abisma en una fundación desgarrada cuando escribe “Ante el vacío inexpresivo, era inútil pensar en pueblos que conviven en una vida de trabajo, con animales domesticados, en huertas, en mercados. Lo natural era Trapalanda (...) Había tomado posesión de todas las tierras; era el Conquistador un héroe sobre un país vencido, donde sólo tenía que pedir a su capricho. No había venido a poblar, ni a quedarse, ni a esperar; vino a exigir, a llevar, a que lo obedecieran. Así perdió toda idea de medida, de orden, de tiempo”. La “aristocracia de las vacas” y la “espera de otro viento de cola” para las cosechas y los bienes de la tierra sellaron nuestro destino. El ascenso social fue nuestro mejor sueño, hoy convertido en una más

de nuestras vacilaciones fantasmagóricas. Nos hicimos entre capas de políticas anarquistas, radicales y peronistas que escandieron la creación de oficios y la autoformación librepensadora, los choques entre la chusma y la nariz parada de tradiciones comunales y modernistas enfrentadas que parieron a las clases medias y la plástica dinámica recombinatoria del Estado asistencial y la gran festichola liberticida. En esta anomalía popular fuimos ritmados por la voz de mando del “partido militar” y la moral del “cirio encendido”. Aprendimos lo nuestro entre golpes de Estado y cacerías, enfrentamientos y prohibiciones, asesinatos políticos e imposiciones por la fuerza. Nos forjamos por dilemas religiosos, ilustrados y económico-políticos indecibles que el tiempo modeló como la medida de nuestras culpas. Nos movimos abusando del linaje europeo hasta extender nuestra piel solo de modo reciente a lo latinoamericano. Hoy solo esperamos el conjuro de nuestra soberbia y una purga de nuestros caprichos colonizados, porque la deuda infinita que cargamos oscila para su comprensión entre intuición y talento, y depende para su solución sólo del azar.

Zapateos sobre el abismo

La apertura al espacio de navegación que nos toca es el confín. En la cubierta de la nave “Argentina” los cuerpos y la lengua oscilan entre la asociación y la huída. Para dar testimonio de esta experiencia reconocemos un entramado de relaciones de vecindad y alejamiento, de adherencia y rechazo, en grado tal, que las intensidades producen declinaciones de la lengua y flexiones de los cuerpos. Comprendemos porqué el idioma de los argentinos que usamos ya no indica los movimientos de la vida cuando avanza por zonas semánticas estables de sustantivos y verbos que comulgan con identidades definidas. Las flexiones de los cuerpos nos hacen escuchar los adverbios: el “a través de” de las traducciones existenciales, el “entre” de las interferencias simbólicas y el “fuera de” del desapego imaginario. Percibimos por los cuerpos las fuerzas que atraviesan el confín como “entre-lugares” indecisos, hechos de capas de espacios estratificados y de restos de batallas sin fin de los siglos XIX y XX en el corazón del siglo XXI, que no parecen encontrar orden en una representación de Estado, Nación o Patria, sino que exhiben la desmesura de todas las historias vitales y territoriales desde todas partes y en todos los sentidos. Confinamos todos los posibles espacios en el que hoy tenemos lugar como habitantes del límite en condición de exceso. Y sabemos que el

límite abre un pensamiento del exceso para nosotros que oscila en la ambivalencia entre contacto y desapego.

No deberían sorprendernos ni los curiosos modos de evocación de la memoria que asumimos ni las huidas que producimos, porque las figuras que nos formaron han sido las de la violación y el pillaje, y éstas están entramadas en la lengua y en el movimiento de los cuerpos. La cosmografía de la navegación de la nave “Argentina” muestra un modo vital que precede y sucede cualquier síntesis entre esencia y existencia, entre ecología y tecnología. El confín como entre-lugar parece ser nuestro espacio vital de navegación y naufragio, y resulta indescifrable fuera de los embargos técnicos de la naturaleza y de la historia natural que se han convertido en nuestra única “naturaleza mítica” al ritmo del glifosato y del agotamiento de la tierra, que al fin configura el mundo ambivalente e indescifrable en el que vivimos, imposible de absorber por fuera de la praxis de su arte y de la inteligencia artificial que selló su sentido como bitácora de navegación. Desde nuestro ensayo fundacional vuelve una figura a interrogarnos: la de los “barcos sobre la pampa” que reúnen la suplencia técnica de la naturaleza y se extienden en el presente hasta el agotamiento último de la tierra y del mar. Vivimos en una historicidad inmanente atravesada de antagonismos no resueltos y muchas veces sostenidos y festejados en su paradoja irresoluble a los que llamamos poéticamente “grieta”.

Cualquier observador de la Argentina en nuestros días se enfrenta ante un nuevo escenario de descreimiento tensado entre la inflación y la corrupción como una cuerda floja por la que camina la desesperanza y la impotencia en la que vive una buena parte de los argentinos, más aún aquellos sin resto que padecen la violencia de los cambios de rumbo político enmarañados en el hambre, como condición naturalizada de una falta de proyecto común que concurra hacia la autoestima colectiva sin traficar con las miserias del capital simbólico. Capital que hace a las modulaciones de la deuda infinita que nos atraviesa desde la colonización religiosa, ilustrada y económico-política y que ha sido un elemento inevitable en la constitución de nuestra suspensión indefinida, para vivir con cierto saldo de vergüenza sobre nosotros mismos, queriendo ser en cada golpe de timón lo que no éramos ni somos, y sin saber qué deseamos ser. Aunque somos un pueblo del confín se nos recuerda que tenemos una tierra rica y hermosa, una bandera sobria y prístina como gesto de estilo, un himno nacional memorable, héroes audaces y desinteresados que libertaron nuestra América, una historia que contribuyó a formar una posición singular en el concierto de las naciones. También se nos recuerda por una

grandeza de sueños siempre postergada porque no queremos y no podemos ser nosotros mismos. Enunciados y gestos que contribuyen a regodearnos en el más chato sentido común. En el inconciente óptico argentino siempre hay una “Argentina potencia” a la que hemos sido destinados por nuestras riquezas, nuestro tamaño territorial y la curiosa fertilidad de nuestra tierra, por la que esperamos un nuevo viento de cola salvador en nuestra navegación. A pesar de todas las bonanzas, en nuestra tierra siempre la pitada es magra. No logramos que el pueblo que la habita simplemente coma, se eduque y tenga un mínimo de salud para abrir oportunidades en su camino de vida.

Nos parece justo pensar que cuando la felicidad toma las palabras del discurso político es porque nos hemos distanciado de su sueño y efectividad. Entre gravísimos problemas sociales y económicos, cíclicos como el clima pero agravados como en la época del cambio climático, la decadencia con la que nos alimentamos es la medida de nuestra moral burguesa y de nuestra revolución conservadora. Somos productores de comida, uno de los mayores del mundo, pero tenemos miedo al futuro, hambre crónico e imaginación deseosa de méritos de poder. De tanto en tanto, estas máculas se proyectan hacia el porvenir intentando borrar las huellas del pasado. Somos convencionales hasta el hartazgo y la esperanza va y viene al ritmo de la maraña de los índices y tablas de nuestra moneda. Se nos ocurre borrar el siglo XIX por decreto, formar parte del capitalismo global integrado porque sus técnicas son del siglo XXI e imaginamos que en la era de las redes lo colectivo y el cambio nacen por generación espontánea. Olvidamos que no hay mérito en tener mérito y que la “meritocracia” es la única forma de poder que se confunde con el trabajo de cada quién para enaltecer sólo el de aquellos encumbrados. Como pueblo desdeñamos el poder de una política horizontal de los afectos que cuestione las relaciones verticales de poder porque amamos el prestigio y las jefaturas. Como cualquier otro pueblo nos revolcamos en la dificultad y nos une la decepción. Pero no afirmamos la alegría sino el pesimismo y la amargura de “zapatear sobre el abismo”.

Genealogía

Sueños de naufragio

Es cierto que el hombre conduce su vida y levanta sus instituciones sobre tierra firme. Pero también es cierto que prefiere concebir el movimiento de su existencia individual y colectiva, en su conjunto, mediante la metáfora de la navegación arriesgada. En algunas de las páginas más lúcidas de nuestro ensayo puede leerse que gustamos del capricho de “zapatear sobre el abismo” en la cubierta de una nave llamada “Argentina”. Vivimos hechizados por las encalladuras e insistimos reincidentes en incumplimientos de un festival que continúa durante el parcial hundimiento de la nave. Habitamos en un país cuya bitácora de navegación es sin prudencia y con la soberbia que nos deja parados a pesar de culminar escorados una y otra vez. Parecemos fascinados por un hundimiento que nunca llega definitivamente, escena de la que salimos con cierto aire desafiante sin agradecer a la suerte. Nuestro espíritu es la queja sin fin y la espera rufián de otro viento de cola que nos devuelva a la flotación. Parecemos odiar “la nave de plata” en la que transitamos sin hacernos cargo de que somos nosotros los que habitamos en ella. Los celebrados doscientos años de vida independiente están tramados por una imagen del pensamiento que contiene diversas encalladuras: el olvido del descuartizamiento de los pueblos indígenas, las incubadoras de orgías migratorias de gringos y mestizos, y las historias de alambradas y fracasos sin fin. Contemporánea de la fundación es la imagen del “vosotros estáis embarcados” de un nuevo mundo recién descubierto, aún no localizado en el planeta y ya poblado de imágenes de un sueño, donde conviven en la primera impresión: la soberbia de un despertar victorioso pleno de ambición y el reconocimiento de que sólo como náufragos hemos viajado felizmente por mar.

Habrá que reconocer que en las cabezas de aquellos hombres brutales forjados por el agua y el viento, por el hambre y la peste, el embarcarse fue una impresión de huída de la realidad a la que pertenecían, un cortar amarras a sus espaldas para adentrarse donde ya no hay tierra alguna en la desmesura heroica de la suerte de la navegación. Aventura donde se forja la imagen de las luchas y miserias de la fluidez abstracta moderna del capital, sus luces y sombras donde aparecen juntas la *hybris* del progreso y la catástrofe del naufragio, para exponer en la travesía los restos de una raza aislada sin pasado ilustre y sin dineros que volvía la espalda a la tierra de la que había zarpado y abría los ojos al azar del porvenir. Sin moderación, respeto, pensamiento y espera, los navegantes habitados de monstruos crepusculares, reunieron en la fundación ilusión y desilusión hasta constituirse en los “señores de la nada”. Escombros sobre escombros hicieron de la precariedad el suelo informe de la utopía. Nada tenía la segura

existencia de la tierra para navegantes de manos ineptas en una realidad sin forma. La conquista y el dominio sobre la nada mostraron su reverso de gavilla de contrabandistas y traficantes de esclavos. Robar era mejor que trabajar, y esta estampa ha quedado impresa en la memoria genética de una estirpe de arribistas. Ante una clase intelectual de casta ciudadana de prosapia hispánica y una jerarquía económica con dinero para comprar los artículos ultramarinos, se maceraron los rábulas locales que formaron el linaje colonial incapaz de inventar verdaderas instituciones y derechos civiles. Las formas huecas de la prosapia hispánica nos convirtieron en una escribanía local incorporada en el nervio vital de la política de nuestros representantes. El procedimiento de los protocolos coloniales cubría el ágora de desencanto entre cédulas reales y capítulos eclesiásticos. Los señores de la nada hicieron de un mundo sin complicaciones una burocracia de complicaciones sin fin, fundidas con la precariedad de la vida entre bandoleros y corruptos, entre intereses e influencias que entramaron las figuras sensibles de nuestra aventura, siempre seducida por jefes que pudieran reunir la ambivalencia entre asociación comunal e indiferencia civil.

Deuda infinita

No creemos que todo tiempo pasado fue mejor, pero sí observamos que la memoria adorna el gusto fabulando el tiempo. Lo que equivale a decir que enfrentamos menos el alimento material que su carga simbólica. Es esta carga la que oscila entre el arte del recuerdo y del olvido. Como en el tiempo de las fábulas hubo un primer Centenario reducido hoy a lejanas figuras escolares pobladas de indios, gauchos y héroes, que para muchos han retrocedido en el tiempo como fantasmas más literarios que verdaderos. Pero al buscarlos entre bambalinas descubrimos que aquellas figuras son más que cartón pintado. Logramos ver tras bastidores una batalla perceptiva y afectiva en nuestra América que se remonta al tiempo de la fundación, considerado menos como un dato histórico y más como un inconsciente óptico de nuestras historias sensibles. La cultura moderna ultramarina entra en escena con saberes técnicos capaces de explicar un nuevo cosmos. Para este catalejo de la industria óptica imperial, explicar quiere decir reducir la intencionalidad de lo conocido, desobjetivando la experiencia tanto como fuera posible, para ver ese “algo” desde fuera como si se tratara de un “objeto”. Una visión del mundo colonial pretende explicar lo terrenal a través de unas creencias religiosas, ilustradas y económico-políticas que persiguen un solo objetivo:

crear la conciencia de una deuda infinita para con una cosmovisión de la divinidad, la secularización y ciertas técnicas de producción mundializadas. Sabemos que el hombre sólo juzga cuando su existencia está sometida a una deuda siempre diferida. Entre la deuda y su condición diferida se construye la estirpe de los que juzgan y de los que difieren la deuda en el tiempo. Problema teológico, político y moral que define los contornos de los comportamientos modernos locales. Vale decir que la nave de la civilización continental americana se escribió en el sistema nervioso central de los cuerpos como una relación de deudor y acreedor en la base del intercambio.

Nuestras landas barrosas del Cono Sur no vieron el enfrentamiento de dos imperios como el azteca y el hispano, en el que se expusieron en duelo modelos de juicio y de crueldad como en México. En la precariedad barrota de los estuarios, la bruta fanfarronería imperial hispánica, especializada en violencias de todo tipo, confronta con unas etnias “amerindias” sin Estado y capaces de conjurar sus formas de poder, aunque practicasen la deuda finita en el intercambio de objetos. Hacia el 1500 conviven en nuestra tierra agricultores del bosque tropical que alcanzaron las orillas del Río de la Plata buscando “las tierras sin mal” que anunciaban las profecías de la gran tradición de “los más antiguos” (tupinambás) organizados en pequeñas aldeas; cazadores, recolectores y horticultores compuestos en bandas o macro-bandas que conservaban la tradición nómada migrante para recolectar y cazar (caigang, charrúas, querandés) que se despliegan entre el Gran Chaco y la Mesopotamia manteniendo contacto con las poblaciones ajenas a la región; y recolectores y cazadores pampeano-fueguinos (pampas, tehuelches, yánamas y alacalufes) que incursionaban en sus movimientos migratorios en las áreas pampeanas. Todos estos pueblos presentaban en el momento de la conquista o bien la forma de la aldea reducida o bien la de la banda en la que oscilaba la tensión entre jerarquía y horizontalidad de las funciones, entre identidad étnica y convivencia comunal de diferentes prácticas y dialectos. Para muchos esto se debe a su precariedad, para otros a su horizontalidad para distribuir las funciones sociales evitando las jerarquías. Para estas etnias todos los eventos del mundo son percibidos como acciones y explicados por unos cuerpos colectivos integrados por prácticas simbólicas que involucraban la pintura corporal y la alfarería dentro del festival de la vida en un modo afectivo y sensorial a través de una “palabra luminosa” que escande en la oralidad las acciones del cuerpo en el territorio.

Esta concepción “amerindia” del afecto, con todas sus diferencias entre razas, etnias, pueblos y dialectos diversos, fue sometida al tribunal del juicio para marcar los

cuerpos en el territorio, sobre lo que cada cual y cada quien “debe” y lo que el colectivo de los cuerpos carga como “lote” de su deuda infinita. En el choque de cosmogonías se produce una auténtica inversión de los signos del cosmos para transformarlos en el lote de nuestros juicios. Esta escritura de sangre y vida sobre la carne sella el cuerpo de los endeudados porque la doctrina del juicio ha trastocado y reemplazado el sistema de los afectos. De un Centenario al otro se evoca aquella fundación en la que se opusieron las lentes de dos ópticas, una llamada “esotérica y plural”, la otra denominada “razón progresiva”. En pocas palabras puede decirse que la razón moderna que nos constituye desmanteló una lógica del perspectivismo cósmico, de las cualidades sensibles y de los afectos aprendidos por el cuerpo social “amerindio” en el territorio de la experiencia implicada. La violencia de la fundación retorna en el presente entre heridas abiertas y mal suturadas bajo un régimen binario de la imagen del pensamiento. Suturas que nunca han cerrado el modelado monstruoso del entre-lugar americano. En nuestro territorio la realidad europea solo vio “naturalismo integrado en un mundo continuo” al que opuso la ley de la “separación” y el “desocultamiento” de la naturaleza. Separación entre humanos y no-humanos, entre naturaleza y cultura. Desocultamiento de las energías disponibles para la movilización total planetaria del Leviatán. Una mitología reduccionista de la evolución selló y suturó las figuras sensibles de la violencia del tajo, de la peste y del naufragio del continente bajo la forma de un Atlas planetario cuya voz expresa la gran fórmula moderna: “hombre lobo del hombre”. Este Atlas constituye un poder de organizar hasta el infinito cada parcela de la producción de los cuerpos y de la deuda en el intercambio.

Servidumbres, luchas y resistencias

El cuerpo vital del territorio es obligado a organizarse contra las formas de su afecto y de su intensidad. Entre el aniquilamiento y el sometimiento, vemos aparecer la lucha que reemplaza al juicio y a la deuda diferida. Las luchas se presentan como formas de confrontación (luchas-contras) o como duelos consigo mismo (luchas-entre). Sabemos que los países se fundan y las fundaciones se reinventan. Nuestro continente pasó de las manos de los señores de la nada, que impusieron su cosmovisión binaria a base de descuartizamientos de la rebelión y de luchas fratricidas, a una colosal incubadora de orgías migratorias, hecha de un amasado de analfabetos, empobrecidos y hambrientos ilusos de espejismos. Siempre habrá que distinguir la lucha contra el otro

de la lucha consigo mismo: la primera repele una fuerza, la segunda se apodera de la misma.

Tres figuras de nuestra historia sensible continental crean una imagen del pensamiento de los entre-lugares paradójicos americanos. En nuestra tradición podemos ver tres tipos de actitudes para el intelectual forjado en el duelo consigo mismo que se corresponden con figuras históricas. Uno de los casos es la figura de Lautaro, un indio adoptado por españoles que ha vivido con ellos, aprende de sus técnicas, y después deserta para reunirse con su pueblo en la lucha contra los españoles hasta derrotarlos, empleando esos mismos medios técnicos que había aprendido de ellos. En cierto sentido es a la vez un agente de servidumbre y un resistente que lucha contra ella. Pero ante todo expresa la lucha consigo mismo y el apoderarse de las fuerzas disponibles. El otro caso es la figura de Jimmy Button, un indio adoptado por el capitán de la fragata *Beagle*, durante la vuelta al mundo que hizo Darwin, un indio que pertenece a una raza muy antigua, que apenas consigue nombrar cosas como “el sol”, “el camino”, “el mar”. Se dice que tres semanas después de haber sido adoptado hablaba con facilidad el inglés. Cuando llegó a Londres había leído todos los libros que encontró en el barco, y permaneció tres años en Oxford donde llegó a ser abogado. Participó en el segundo viaje del *Beagle* y el simple contacto con su pueblo le hizo olvidar todo. Y permaneció con su pueblo con la condición de repeler y olvidar la existencia del otro. Y el último caso es la figura de Valderomat, el Oscar Wilde indio, que era una especie de dandy indio, un poeta que frecuentaba los salones de Lima, donde insultaba a todo el mundo por su servidumbre voluntaria, por su insensibilidad e ignorancia. Sirve para justificar esta cultura, porque su piel es extensible y a la vez no puede extenderse hasta el infinito, porque el cuerpo de este indio, que no hubiera debido ser ilustrado, resulta que hizo de la Ilustración un gesto ridículo, y en su exceso muere ahogándose en una fosa de desperdicios.

Las figuras históricas y conceptuales de los casos enunciados se corresponden con las formas de la “antropofagia”, que se apoderan de las fuerzas de la lucha; las formas del “desprendimiento”, que repelen la red de percepciones y afecciones ilustradas y las del “entre-lugar desgarrado” en las que el cuerpo es la expresión de un duelo consigo mismo que repele y se apodera de las fuerza en una paradoja indecible y trágica. Estas figuras proyectan una ontogénesis sensible y de sentido del intelectual que piensa el continente entre descuartizamientos del cuerpo político e incubadoras de violencia simbólica que internalizan los valores de la servidumbre voluntaria. Conviene

recordar que la deuda infinita que define los comportamientos locales está marcada por una serie de gestos de las elites, las burguesías y los cómplices acomodaticios de las clases medias en detrimento de una piel extensible de cuño americano, que en nuestra tierra, y desde los primeros mayos del festival revolucionario, trocará la embriaguez popular carnavalesca por consignas de Paz y administración para una ciudadanía moderna. En el reverso de los edictos de la administración racional, los indios se ofrecían vivos para la servidumbre en la puerta de las iglesias y muertos como muestra arqueológica de los subsuelos de la patria en los museos. Entre la iglesia y la ciencia, los “vagos” locales fueron reemplazados por los advenedizos venidos a través del hilo de plata de la utopía del otro lado del mar. Como narran las crónicas, los “mal-entretidos” son transformados por las incubadoras migratorias de la utopía del porvenir. La “lucha-entre” de las formas comunales es el proceso por el cual las fuerzas se enriquecen porque enfrentan en el duelo consigo mismas el juicio producido por la deuda infinita. Es el juicio y su diferir de la deuda los que impiden la llegada y producción de nuevos modos de existencia. La nave continental siempre navegó al borde del naufragio y sus tripulantes zapatearon sobre el abismo porque la deuda infinita tomó las sutiles simpatías del alma individual y colectiva que hacen a la escultura social en su conjunto, moviéndose frente a lo propio entre el odio más amargo y el amor más apasionado. En la nave “Argentina” se refleja una y otra vez el entrelugar de las paradojas continentales. Este drama supera incluso cualquier voluntarismo y vitalidad de la subjetividad, dejando al desnudo la lucha-entre de las fuerzas a la medida de una deuda simbólica interiorizada y sociabilizada.